12

DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL AÑO ACADEMICO

DE 1861 Á 1862

EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

POR EL CATEDRÁTICO PROPIETARIO

Dr. D. José de Somoza Llanos,

Secretario honorario de S, M.;
Decano interino de la Facultad de Filosofía y Letras; Abogado de los Tribunales de la Nacion; Vocal de la Junta permanente de Estadística de esta provincia, y de la de Instruccion pública de la misma; Académico profesor de la de Ciencias y Literatura de esta Capital, y de número de la de Bellas Artes de la misma.



GRANADA:
Imprenta de Don Juan Maria Puchol.
1861.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Grande y señalada es la honra que me ha sido dispensada con el encargo de saludar, desde esta Cátedra consagrada por la ciencia, la nueva aurora académica que en esta veneranda Escuela vuelve á brillar sobre el dilatado horizonte de las letras. Empero si la honra es grande, no es menor el desaliento con que en la presente solemnidad llevo la palabra en nombre del Ilustre Claustro de Granada, para inaugurar sus tareas universitarias en el curso de 1861 á 1862. El favorable juicio que haya podido merecer del digno Jefe que tan acertadamente dirige la enseñanza en este Distrito, me obliga á cumplir hoy una prescripcion reglamentaria absolutamente indeclinable: sírvame esta circunstancia, al menos, de título á vuestra indulgencia, la cual espero que sea tan cumplida y expontánea como la necesito; que no escasa pena se me ha impuesto con el encargo de mostraros en este pobre trabajo la medida del ningun merecimiento, con que pudiera haber apetecido tan distinguida preferencia. No causen admiracion, pues, las dudas y temores que me asisten al presentarme

ante este respetable concurso; que es muy grave el compromiso, sobradamente elevado el objeto que nos reune, y para tales empeños inmensa mi desconfianza.

Aun se percibe en este augusto recinto la autorizada voz de aquellos que por su saber y bien decir lograron, en dias como el presente, cautivar vuestra atencion, hasta el punto de causar honda pena su silencio: recientes son tambien los triunfos alcanzados por ilustres compañeros, que me han precedido en este puesto de honor y de peligro, y aun nos hallamos todos agradablemente conmovidos con el vivo recuerdo de las brillantes inspiraciones de su genio en cuya virtud lograron corresponder dignamente á la alteza de la mision que se les confiara. ¿Cómo puede causaros estrañeza que hoy muestre temor, cuando ni cuento con iguales dotes para salir airoso del empeño, ni aun puedo invocar en mi favor, bajo ningun concepto, aquella célebre sentencia del gran Padre de la Iglesia: *Non vocabulorum opificem sed rerum inquisitorem oportet esse sapientem*? (1) Al recordar, con placer, la escogida coleccion de oraciones inaugurales, pronunciadas desde este sitio, que cual precioso ramillete de lozanas y delicadas flores os ha sido ofrecido, para que con el suavísimo aroma, que esparce la ciencia formulada en sentida frase, causara verdadero deleite á vuestra inteligencia, suben de punto las dificultades que me veo precisado á superar para interesaros á que recibais mi discurso como una flor mas destinada á formar parte de ese bellísimo conjunto, donde la sabiduria se ostenta ricamente engalanada con sus mas hermosos y graciosos atavios. No será, pues, fuera de propósito que os ruegue la recibais, benévolos, y coloqueis en él, ya que no para servirle de ornamento, para que adquiera, al menos, la belleza de que tanto necesita.

Tiendo la vista por esos escaños, Excmo. é Ilmo. Señor, y no percibo en torno mio, sinó á sabios Maestros y esclarecidos

(1) Div, Aug. ad. Acad.

Doctores, para quienes reserva el alma toda la grandeza de su admiracion; dignísimos compañeros, para quienes guarda el pecho los tesoros de su cariño; las primeras eminencias del órden social, para quienes serán siempre escasos mi mas profunda veneracion y respeto; un auditorio tan ilustrado como deferente, para el que toda mi gratitud será, ciertamente, corta ofrenda, y cual bellísima orla de tan imponente y sublime cuadro, descubro esa juventud llena de vida y de esperanzas para su patria, á cuya ternura no podré corresponder, sinó con toda la ternura de que es capaz el que desde muy temprano se consagró á su enseñanza. ¿Qué mucho que en circunstancias tan especiales, y bajo la presion de tan contrarios afectos, vacile y desconfie? Acaso, sin los poderosos motivos ya indicados, ¿no seria suficiente causa para ello el derecho que indudablemente hay para exijir del que os dirige la palabra, que su trabajo sea una prueba mas de la grande altura á que, por los constantes esfuerzos de todos, han llegado á colocarse entre nosotros las enseñanzas que nos están encomendadas?

Confieso que no es esta la menor razon de mis dudas, suficientemente aumentadas con las dificultades que siempre ofrece la eleccion de un tema, que á la importancia reuna interés para la ciencia, siendo, á la vez, digno de vuestra imparcial é ilustrada crítica y adecuado al objeto de esta augusta solemnidad; la cual no es, como algunos creen, un acto sin importancia ni consecuencias: tiénelas Sr. Excmo., y de reconocido interés, ya como primer hecho de una nueva era universitaria, fiel indicio del movimiento progresivo de la ciencia en la época presente; ya como un fasto mas en los anales de esta Escuela Ilustre y digna de muy distinguidas consideraciones; ya, en fin, como vínculo eficaz, que, mediante comunicacion intelectual, estrecha los lazos y relaciones que la ciencia sabe establecer entre los que sobrelleva-

mos la pesada carga del magisterio, y la generacion que inmediatamente nos sigue en su penoso cultivo.

Bajo cualquiera de estos aspectos me he creido en la obligacion de dirigir una mirada investigadora sobre el anchuroso campo de la filosofia, para conocer su verdadero estado en los tiempos que alcanzamos, y deducir de ese movimiento intelectual, que viene operándose sin descanso, cual es el fin que se propone, y cual la tendencia de los adelantos que hace diariamente la razon humana, para llegar hasta la posesion de la verdad, cuya conquista es el anhelo constante de la ciencia. Y cuando veo que aun existe esa violenta escision que imprudentemente se levantó en tiempos pasados entre el *pensamiento filosófico* y el *sentimiento religioso;* cuando observo que todavia se intenta encontrar oposicion entre lo que es armónico y complementario; cuando percibo, en fin, el atrevido orgullo de unos y la ciega obstinacion de otros, sembrando la discordia entre los pensadores de buena fé, para confundirse todos despues, en el inestricable laberinto que particulares intereses y miras egoistas han creado y fomentado de contínuo, comprendo que las universidades están llamadas á ejercer una directa y provechosa influencia en estas trascendentales cuestiones, colocándose para ello en el imparcial y elevado terreno de los principios, donde no hacen mella alguna los disparos de la calumnia, ni los groseros tiros de la maledicencia. ¡Se dice y se repite sin cesar, Ecxmo. Señor, que la moderna filosofía amortigua y mata el sentimiento católico!; ¡continuamente se está predicando contra la ciencia de nuestra época, y á cada paso oimos exclamar que es opuesta de una manera necesaria á la fé religiosa, porque quiere apoyar sus investigaciones en la humana razon! ¿Cómo, pues, no levantar la voz contra estas injustas y gratuitas acusaciones, para defender los fueros de la ciencia tan imprudentemente ultrajados, y para dar un saludable aviso,

evitando así que puedan ser alucinados algunos espíritus impresionables? Acaso, los que á su estudio hemos consagrado nuestras fuerzas y facultades, ¿cumpliriamos nuestro deber, si al verla ofendida y contra ella levantarse ciertas ideas, que preocupan demasiado los ánimos, y tienden á humillarla, no esgrimiéramos en su defensa las armas que la justicia de su causa nos proporciona, impidiendo que el error se entronice hasta el punto de ejercer su maléfico poderío sobre muchas inteligencias dignas de mas acertada direccion? Cuan interesante sea, por lo tanto, la vindicacion de la filosofia, que es la base necesaria sobre que descansan todas las demás ciencias, y cuan interesante para nuestras Escuelas combatir los errores y preocupaciones que contra la ciencia de la razon se repiten con empeño, pretendiéndo hacerla aparecer como contraria á la fé religiosa, lo dejo á vuestra ilustrada consideracion. Así es, que vivamente impresionado por los anatemas que contra ella injusta é inmerecidamente se lanzan, cuando se la confunde por lo comun con esa sofisteria de todos los tiempos, por lo mismo que me compete su diaria enseñanza en el aula, debo en la presente solemnidad académica ocupar vuestra respetable atencion con algunas reflexiones que juzgo necesarias en este estado de cosas, disertando, al efecto, sobre las *Excelencias de la filosofía contemporánea, y su armonia con el sentimiento católico.*

I.

De lamentar es, Excmo. é Ilmo. Señor., que en un siglo como el actual, que con justicia se precia de haber llegado á alcanzar una civilizacion mas perfecta; cuando la razon humana en posesion de sus legítimos derechos ha traido á jui-

cio cuanto es de su indagacion y controversia, respetando, sin embargo, lo que se halla fuera de sus investigaciones; en un siglo en que el deseo constante de los pueblos es á preferir, casi de una manera absoluta, las delicias con que le brinda sin cesar el prodigioso adelanto de los intereses materiales; y en que para completar su dicha y prevenir sus extravíos, no resta otro dique que oponer á ese torrente de goces físicos, sinó el desarrollo intelectual y moral; aun se presencia el doloroso espectáculo de la lucha de dos escuelas que quieren hacer valer la oposicion respectiva del pensamiento filosófico y el sentimiento religioso. ¡Como si la razon y la fé no fuesen dos rayos que proceden de una misma luz inmensa é indefectible, que es Dios; como si la *filosofía* y la *revelacion* (1), no fuesen dos arroyos de purísimas y cristalinas aguas que brotan de una misma fuente, que es la sabiduría increada; como si la *ciencia humana* y la *ciencia divina*, no fuesen dos luminosos faros, que, colocados por la mano del Altísimo para que la débil humanidad dirija confiada su rumbo á puerto seguro por el proceloso mar de la vida, no debieran hallarse siempre en íntima union y necesaria armonia, como las dos mas elevadas manifestaciones del espíritu y del corazon humano; y fuera, por el contrario, preciso rechazar como filósofos lo que debe creerse como cristianos!

«¡Peregrino y funesto error! Como si el fundamento de la «fé, que es la verdad eterna revelada en una admirable pro«porcion con nuestras necesidades, no fuese el mismo fun«damento de la razon renovado en la humanidad, esta misma «luz que alumbra al hombre que viene á este mundo, pero «mas brillante; y como si el destino natural de la inteligen-

(1) Quod diversa ratio cognoscibilis diversitatem scientiarum inducit. Uude nihil prohibet de eisdem rebus, de quidus philosophiæ disciplinæ tractant, secundum quod sunt cognoscibilia lumine naturalis rationis, et aliam scientiam tractare secundum quod cognoscuntur lumine divinæ revelationis. Div. Thom. Sum. Theol.

«cia y de la filósofia verdadera, no consistiese precisamente en «asimilar este divino fundamento, y en sacar de él perpétua«mente la materia primera de sus operaciones, y el gérmen «fecundo de sus mas elevados conocimientos!» (1).

Rara es, por cierto, la idea de combatir y desdeñar la ciencia de la razon, cuando para todo se buscan razones, y el menos aventajado se resiste á posponer su juicio al juicio ageno. Todo se analiza y controvierte, y al mismo tiempo, se afecta tener en poco el instrumento del análisis y de la controversia; todos los actos de la vida humana, todas las instituciones sociales, se fundan, hoy, en la discusion razonada sobre las causas que las dan orígen, de las leyes porque se gobiernan, y de los fines á que se encaminan: hasta la autoridad de los Maestros es respetada en conformidad á las razones que aducen en prueba de su doctrina. Y aun las creencias mismas van á refujiarse al santuario de la ciencia, para proporcionarse argumentos con que disipar el error y reanimar la fé amortiguada por el frio escepticismo. (2).

Desdeñar y menos preciar los estudios filosóficos de nuestros dias; negar los inmensos servicios que la filosofia de nuestras Escuelas está prestando á las ciencias y al catolicismo; dudar de sus excelencias y virtudes en la época presente, é intentar sostener la anterior oposicion y antagonismo entre la ciencia racional y la ciencia divina, seria, sin duda, la señal mas evidente del principio de otra nueva edad media; seria la prueba mas marcada de un retroceso imposible; equivaldria á entregar el espíritu de nuestro siglo á merced de sus mas irreconciliables enemigos, ó á despojar á la humanidad de sus mas hermosas conquistas; seria tanto como renunciar á los divinos atributos con que fué adornada nuestra inteligencia por la Inteligencia increada; seria, en fin, pagar

(1) Augusto Nicolas. Estudios sobre el Cristianismo.
(2) Véanse los dircursos del Eminentísimo Cardenal Wiseman.

con la mayor ingratitud, los inmensos favores recibidos del Hacedor con el libre pensar concedido á la razon, para que fuese enaltecido el hombre sobre todos los seres creados. Y el siglo XIX, á pesar de los que tanto le denostan, á pesar de las contínuas y exageradas declamaciones con que una y otra vez se anatematizan sus progresos y adelantos filosóficos, ni es ingrato para con Dios, al que sabe rendir la mas pura, profunda y fervorosa adoracion, fortalecida su fé con el conocimiento científico de su omnipotencia; ni se despojará de esa brillante aureola de saber que ciñe sus sienes fatigadas por las inmensas contrariedades que viene experimentando; ni renunciará el movimiento libre y racional empleo de sus divinas facultades; ni retrocederá de su florida edad un solo paso, aun cuando nuevos bárbaros intentáran descender de las nevadas cimas de la ignorancia y del fanatismo; ni arrojará, cobardemente, las bien templadas armas de su razon filosófica, con las que ha de ocurrir á la defensa de la ciencia y á la de la perfeccion intelectual y moral con que la misma le brinda.

Que si por desgracia ha habido un tiempo en que una turba de espíritus presuntuosos, que abrogándose el título de filósofos y gloriándose de rendir adoraciones al ídolo de la razon, arrojaron al rostro de la Iglesia Católica la grosera calumnia de anatematizar las conquistas que la razon humana puede llevar á efecto, en virtud de sus propias y naturales fuerzas, no es lógico culpar por ello á la filosofía; porque esos espíritus estában enfermos, y en la fiebre de su enfermedad, se estraviaron hasta el punto de desconocer los mas ardientes deseos del alma, los mas puros impulsos del corazon, que tiende siempre á unirse á Dios como á su fuente y origen. Esos espíritus no vivieron en la ciencia ni para la ciencia, porque el que ama sínceramente sus verdades, las alcanza por fin, siendo conducido por ellas á la sabiduría, la cual, no desconoce á Dios ni crea caprichosas divinidades.

Y si por otra parte, tambien, una multitud de inteligencias recelosas, han creido ver en la filosofía el gérmen de todos los males, que afligieron á la humanidad; el corruptor principio de los instintos del hombre; la causa de los trastornos sociales, y el motivo principal del general descreimiento en las altas verdades reveladas; esas inteligencias, en la exagerada pretension de sus deseos y de su celo, desconocen tambien su propio fin, contrarían su misma naturaleza racional y se contradicen de una manera lamentable, valiéndose de la razon contra la razon misma, empleando la filosofía para combatir á la filosofía. Y confunden los campos, donde la razon y la fé recogen sus ópimos frutos, y borran los verdaderos límites de esos mismos campos trazados por el dedo de Dios, infiriéndole ademas la gravísima ofensa de haber señalado á la humanidad dos medios de conocerle y amarle, que, sin dejar de ser absolutamente necesarios, fuesen sin embargo incompatibles; de dos rectos caminos para llegar á la verdad y alcanzar el bien, que, debiendo converger á un mismo término, que es la verdad y bien infinitos, fuesen, á pesar de todo, en direcciones diametralmente opuestas.



Es tambien, que los que así lo piensan no han fijado su consideracion, en que la razon filosófica, por la virtud de sus naturales y excelentes condiciones, y sin traspasar los límites de la prudencia, puede, en la esfera de la verdad y en el órden de la naturaleza sostener y hacer provechosa para ambas, la armonía con la razon católica, elevándose así, hasta las regiones de lo infinito, de lo inmenso, de lo eterno, y conocer las verdades de ese órden mas sublime, á que incesantemente aspira; y que con esta comunicacion inmediata entre las dos, sabiamente establecida por el Supremo Principio, hacer reflejar mejor sobre la razon del hombre los rayos purísimos de esa luz sobrenatural, que le descubre nuevos y desconocidos horizontes.

Por eso, Excmo. é Illmo. Señor, es mas sensible y doloroso ver que, aun en nuestros dias la presuncion y el orgullo de al-

gunos filósofos, de una parte, y el indiscreto recelo del misticismo, de la otra, hayan conseguido extraviar algunos talentos, dispuestos ya á dejarse dominar por ideas y miras que ofuscando su razon con el mismo error que pretenden disipar sigan alimentando ese antagonismo imposible entre la razon y la fé, entre el pensamiento filosófico y el sentimiento católico. Los que así se conducen indudablemente no han comprendido, tampoco, la verdadera y provechosa direccion intelectual, que ha de llevar la razon natural en su indagacion científica, para servir de criterio cierto y aceptable en todas las esferas de la inteligencia; y solo se han deslumbrado ante esa mezcla de verdad y de error que ofrecen anteriores sistemas, olvidándose de que cada uno de estos no es la ciencia toda, y si solo un elemento parcial y necesario para mejóres enseñanzas en lo futuro.

La ciencia humana no ha sido elaborada en instantes, ni por una sola inteligencia; hánse requerido muchos siglos y los heróicos esfuerzos de muy esclarecidos talentos para llegar al estado presente, que no es, ciertamente, aun el de su perfeccion absoluta; pues que exceso de vanagloria sería si pretendiéramos el privilegio de haber descubierto toda la verdad científica, condenando, sin oirlos, á los que nos precedieron en tan laborioso camino. Cada siglo tiene sus laureles, porque la inteligencia aspira sin cesar á poseer la verdad absoluta, caminando con teson de una manera lenta y progresiva, y si por las limitaciones naturales del hombre la marcha de la razon se entorpece, alguna vez, y no llega á comprender siempre la verdad, claramente y del todo, no ha habido tiempo ni pais que haya dejado de percibir alguno de los puros destellos de esa luz divina que alumbra á la razon científica en sus penosas investigaciones. La filosofía contemporánea, aun en medio de los estravíos de algunos de sus pensadores, hállase, afortunadamente, alumbrada por ese rayo

infinito sin apartar su vista del foco que le produce. Así es, que en su razon de ser mas real y verdadera, percibe mas puros y brillantes los destellos de esa luz inestinguible.

No la injusta guerra, por lo tanto, ni el desden y menos la duda en sus beneficiosos resultados, sinó el exámen imparcial, digno y mesurado, es el que merecen los trabajos de la razon en nuestros dias, guia único en la ciencia finita, y obrero incansable lleno de fé en sus derechos y en sus fuerzas. Porque si fuese despojada la razon de la autoridad que de justicia la corresponde en su marcha intelectual y moral, ¿cuál será el destino del hombre, toda vez que, en lo humano, no hay otra que la sustituya? Por ventura, ¿puede ninguna escuela abrogarse, hoy, el derecho de monopolizar el pensamiento en el estado satisfactorio á que la ciencia ha llegado en la actualidad? ¿No está el siglo XIX en justa posesion de estudiarlo todo y discutirlo todo, apropiándose las verdades que descubre y solícito atesora, ya sea que las encuentre en los diálogos del divino Platon, ó en las categorías de Aristóteles, ó ya que las halle en las sutiles disputas de los Escotistas y Tomistas? ¿Puede esto perjudicar ni contradecir, en manera alguna, las altas verdades religiosas, ni oponerse á que entre la ciencia de la razon y la revelacion exista el mas cumplido concierto? (1)

A los que no ven las indagaciones de la razon mas que desconfianzas y peligros para el catolicismo, les responderá por nosotros un eminente y piadoso escritor católico de nuestros tiempos,: «¿Teme por ventura, nuestra religion, dice, presentarse á la luz? La prueba mayor de su celestial orígen «es, que sufre sin miedo el exámen mas prolijo y severo de «la razon. ¿Será acaso el cristianismo menos verdadero, cuando aparezca mas hermoso? Desterremos, pues, un miedo «pusilánime. No dejemos que perezca la religion por un ex-

(1) Véanse los discursos del Eminentísimo Cardedal Wiseman.

«ceso de religion. No estamos ya en aquél tiempo en que «convenia decir *creed sin exámen*; en el dia le sufrirá á pe«sar nuestro.» (1) Y á los que han pretendido poner algo, en lo humano, fuera y sobre y contra la razon: ¿cómo, les preguntaremos, habeis podido hacer esto mismo, sinó *razonando* lo que pretendeis poner y sobreponer á aquella?

¡Que la filosofía, se dice, ensoberbece el corazon con sus exageradas pretensiones; que difunde el error en sus especulaciones vanas; que mata la fé religiosa porque todo lo trae á juicio y sujeta á controversia; y que conculca todos los principios y deberes sociales por la espansion que concede á la libertad! Cargos bien severos por cierto, si fuesen justos, en la época presente, censuras harto infundadas, que esta no merece; pues ganosa de concertar los estremos de anteriores escuelas, utiliza la parte de verdad que en cada sistema halla para que, armonizados asi los verdaderos principios con los destinos del hombre, pueda ella merecer con justicia el título de ciencia, matriz de todas las otras ciencias, que tienen su orígen y natural asiento en los recónditos ámbitos de la inteligencia. «Convertir mas la ciencia hacia el sentimiento religioso, é ilustrar recíprocamente este sentimiento con los rayos de la razon, para que todos los hombres reunidos en la verdad y en el bien marchemos hacia la posesion del amor divino: y cese en el mundo el triste hecho de una reunion de huérfanos abandonados y desorientados entre contrarios polos, es hoy en el sentimiento de los sabios, el problema vital que la filosofía resuelve en la actualidad. Hallar, pues, el concierto verdadero entre la filosofía y la religion, entre el pensamiento y la vida; procurar que la humanidad caminando mas en armonía en pensamiento y obra en su vida interior, concierte mas en su ley eterna en Dios, entendiendo mejor y utilizando los fru-

(1) Chateubriand. Genio del Cristianismo.

tos de su vida histórica pasada, para merecer que derrame sobre el hombre nuevas riquezas de verdad y de amor, es tambien la noble mision que la ciencia se propone llenar hoy, analizando todas las tendencias hasta aquí manifestadas en la esfera intelectual, para separar así los errores parciales, y concertar aquellas, mediante un principio superior de verdad.» (1)

En todas las partes de la filosofía y respecto de todas las esferas de la vida social, en la religion como en el derecho, en la moral como en el arte, en la ciencia como en la industria, bajo el aspecto material y el formal, el teórico y el práctico; deben deducirse de esta doctrina y de su principio leyes estables y orgánicas, que derramen nueva luz sobre la construccion del sistema de la filosofía y sobre la reconstruccion de todos los elementos vitales de la sociedad. Sin encerrarse por eso en un eclecticismo impotente, debe llegarse por el desenvolvimiento sistemático de sus principios, á señalar á cada funcion su justo lugar y la accion legítima que le pertenece en el órden de todas.

La historia de la ciencia nos demuestra, que en las distintas evoluciones del pensamiento, se ha lanzado la razon natural del hombre, hace siglos, en busca del bello ideal de la ciencia, pero por malos caminos; que engolfaba en un mar de luz y de tineblas, ha pugnado sin cesar por hallar el vínculo que debiera unirla síncera é íntimamente con la verdadera razon filosófica, enseñándola asi el seguro y derecho camino de las mas puras creencias; y nos dice tambien, que hasta que no comprendió, por fin, que sin una comunicacion y comercio inmediatos entre ambos, ni la razon natural fuente y matriz única de la razon filosófica, hubiera alcanzado mas luz y brillo con el trascurso de los tiempos, ni la razon filosófica hallado claro y trasparente ese manantial copioso de advertencias, que aunque instintivas, no

(1) Sistema de Filosofía. Metafísica. Análisis. Véase á Krause.

son menos preciadas y atendibles para la ciencia y para la vida.

Y si bien la razon natural aunque limitada en su horizonte, y clara, recta y segura, cuando atentamente es escuchada dentro de los límites de su competencia, es tambien desigual é inconsecuente, á veces, en su discurso y procedimientos, débese á que entonces no se halla en directa comunicacion con la razon filosófica, y la direccion de sus indagaciones es varia y desatentada, perdiendo asi el verdadero derrotero de su recto camino; mucho mas, si el principio y sentido especial con que el filósofo viene á la ciencia no es un fin moral é intelectual y humano. Entonces, el error del filósofo no está en la ciencia, ni es hechura suya, sino en la perversion ó estravios del hombre, por el mal sentido con que procede en sus investigaciones, no caminando bajo la ley de la verdadera filosofía, á la que es una injusticia atribuir sus faltas. Las grandes y trascendentales cuestiones metafísicas, han corrido esta triste suerte desde la mas remota antigüedad: en el Oriente bajo la forma de religion; en parte de ese mismo Oriente, en la Grecia y en la moderna Europa, bajo la forma científilica.

En vista, pues, de todas estas consideraciones, que despues confirma la historia de una manera indudable, ¿pudiera decirse, con fundamento, que los estudios filosóficos llevan en sí mismos el motivo para esas censuras, la justicia con que se les hace esos cargos, la causa que legitime tales acusaciones, cuando aquellos y estas han sido formulados en diversos tiempos, aun por varones de reconocido saber.?; ó es mas bien, que la filosofía para ser claramente comprendida, y su ley de relacion fielmente interpretada, requiere *libertad* en el pensamiento, *imparcialidad* y desinterés en el juicio, *razon exenta* de toda prevencion ó torcidos fines, y *volumtad constante,* que guie como por propio impulso en el camino que conduce á la verdad?

No de otro modo acertaria á explicarse, cómo tratándose de la ciencia *primera*, de la ciencia que tiene por objeto el estudio de las propiedades y leyes permanentes del *ser*, y no solo del ser como *ser*, sino tambien del de lo *verdadero*, lo *bello*, lo *bueno*, y lo *justo*, en su bondad y justicia absolutas, sobre el tiempo y el espacio; de la ciencia. que conduce, por lo tanto, al conocimiento del principio infinito y absoluto, que es Dios, y de todos los principios, subordinados y en *él* contenidos, de los cuales es fundamento, y que aleja los estravios y abusos de la razon, pues sabido es, que el abuso que pueda hacerse de una cosa, no justifica, jamás, los cargos contra la misma, tenga hoy adversarios cuya constancia y tenacidad solo igualan á su sin razon para combatirla, dudando de sus virtudes y excelencias, y hasta condenándola como enemiga de las puras doctrinas católicas.

Estraña es, por cierto, esa oposicion hacia la sana filosofía, que constituye el orgullo de nuestras Escuelas, y aun las dudas en los beneficios que reporta el movimiento intelectual presente, que en su marcha reconstructiva manifiesta las ventajas adquiridas en su unidad esencial y formales armonias, es injustificable y desatentada. «Todo lo que sea «luchar contra el grito de nuestro sentido íntimo, dice, un «profundo y malogrado filósofo contemporáneo, (1) con la voz «de la naturaleza misma para entregarse á vanas cavilaciones «es ageno de la cordura, es contrario á los principios, de la «sana razon. Por esta causa debe condenarse como insensato, «el sistema de un esceptisimo universal, hasta en materias pu-«ramente filosóficas.»

No es seguramente la ciencia racional de nuestro tiempo la que merece ser tratada con tan escasos miramientos, ni dibujada con el triste colorido de la desconfianza. Para ello,

(1) Balmes. Cartas á un esceptico.

no serian suficientes motivos los errores de las diversas escuelas anteriores, que, como nidagaciones incompletas de la razon en aquellas edades son siempre provechosos y estimables datos para la verdad actual, y para la apreciacion histórica del desarrollo del hombre. Debe, pues, el filósofo no desdeñar estos datos, sino recogerlos con respeto y solicitud para estudiar, ordenar y armonizar sus principios. De este modo, el *Nosce te ipsum* vivificado por Sócrates, engrandecido por Platon, siendo la ley comun moral de aquellos tiempos, erigido en principio de la ciencia por Descartes, en punto de partida por Kant, en unidad suprema por Fichte, ha venido á ser la base de la instruccion y de la ciencia subjetiva, con certeza inmediata y fidelísimo y claro reflejo de la unidad absoluta. Que es, por el contrario, la filosofía contemporánea, no la esclava sumisa de una vana especulacion, ni de una creencia ó hipótesis cualquiera, sobre las que suspende su juicio hasta haberlas convertido, mediante indagacion, en conocimiento cierto; sino la señora de su pasado, ensanchando los horizontes todos del espíritu, convirtiendo en fértiles las tendencias estériles, conciliando las antítesis enemigas en síntesis armónicas, hasta creer su vista de modo, que su fija y penetrante mirada descubra con claridad el porvenir que divisa entre las brumas, que pugnan por envolver á la razon, la cual de otro modo desmayaria en cruzada santa en que viene empeñada. Es además la filosofía de nuestros dias el centinela incansable del espíritu, que mira con cuidado las ciencias que surgen del espíritu mismo, para borrar de su frente la huella impresa por el error que aquella padeciera en anteriores épocas. Y aun, elevándose esta ciencia á su fundamento para confirmarse en él, universalizarse en sus relaciones, y autorizarse en la libre direccion de sus indagaciones, no pierde en estas regiones supremas, su cuestion ni sentido propio de ciencias del hombre, mediante el uso pru-

dente y sistemático de la razon. Y con tan excelentes condiciones, se enriquece mas y mas, no se ahoga ni embriaga con las ideas que atesora en las altas regiones del pensamiento; se ilumina, no se ciega con el resplandor cercano de la luz, que difunde la verdad científica sobre el mundo de la idea.

Interroguemos á las generaciones que ya fueron; á esos sabios filósofos que tanta admiracion como respeto nos merecen, abramos, aunque por breves instantes, el gran libro, donde consignadas quedaron las humanas flaquezas y los hechos memorables; que todos unánimes nos responderán, mostrándonos los monumentos imperecederos, levantados por la filosofía en honor de la verdad y de la justicia. A la vista de tales pruebas, la verdad triunfará del error, la sana razon de las preocupaciones, la juiciosa y desapasionada crítica del sofisma ó del interesado propósito, y quedará demostrado, tambien, cómo la ciencia de la razon, procuró, aun en los tiempos menos favorables para ella, luchar con la perversion del hombre, para dirigirle al término de sus racionales fines, mediante el concierto que pugnaba por establecer entre sus especulaciones científicas y las prácticas religiosas que no repugnaban al buen sentido. Se verá, además, cómo el *pensamiento filosófico* y el *sentimiento católico trabajan, hoy, con perfecto acuerdo* en la grande obra de procurar la felicidad humana, delineada por el Supremo Hacedor desde la inmensidad de los tiempos. Asi brillaron armoniosamente unidas estas dos grandes y principales manifestaciones del alma, en *Sócrates, Platon y Aristóteles* en la antigüedad, asi en el mundo cristiano, en *San Agustin y Santo Tomás*, clarísimas lumbreras del catolicismo; asi, tambien despues, en *Bacon, Descartes, Leibnit, Bossuet* y *Fenelon* y otros preclaros génios, en que el pensamiento filosófico y el

sentimiento católico, hallaron la suprema ley de relacion que los armoniza para un trabajo y objeto comun. (1)

II.

Hay un dia primitivo, Ecxm. é Ilmo. Señor en la historia del hombre, en que viviendo este en amorosa comunicacion con su Creador, todo su ser se halla envuelto en la inmensidad de su contemplacion: nada puede decirnos la filosofia de ese dia feliz, porque la razon humana y el hombre mismo viven todos en Dios, sin apartar la vista de sus infinitas perfecciones, como del blanco de su dicha. ¡Insensato! que embriagado despues por su orgullo abusa de su libertad, rompe los lazos que la unen á la verdad y bien supremos, y hállase de repente huérfano, arrojado de las mansiones celestes en presencia de sus remordimientos y de sus dolores.! Perdida así, por su soberbia la felicidad primitiva, es combatido por la influencia material del sentido que bastardea sus mas nobles instintos, y las bellas aspiraciones de su inteligencia. Desde ese dia empieza la penosa tarea de la humanidad, en la terrible lucha que viene sosteniendo, con varia fortuna, para su regeneracion y futuros progresos.

Al recorrer las tristes pero elocuentes páginas de las primeras sociedades asiáticas, nos es revelado por las mismas, de una manera clarísima, lo que el hombre es sin un criterio y direccion racional, abandonado á las solas influencias de la naturaleza, que le oprime con el peso de su irreflexion y rudeza, colocándole bajo la presion de sus imperiosas y físicas necesidades. Ningun sentimiento elevado adviértese en

(1) Si estamos firmemente convencidos, dice á este propósito el Eminentísimo Cardenal Wiseman, de que Dios es el autor de nuestra religion, asi como de la naturaleza; debemos tener la íntima persuasion de que comparando sus obras en estos dos órdenes de cosas, debe ser necesariamente uniforme el resultado.

estos pueblos para la ciencia; pues que en su grosero politeismo atribuyen á todos los seres, que rodean al hombre, las esquisitas condiciones y propiedades de su ser individual. Ningun juicio reflexivo se elabora en su mente, que sea bastante á emanciparlos del error, manifestándoles los infinitos que envuelven su razon como en un sudario de muerte. El espíritu se encuentra encadenado, por una parte, al absolutismo de las castas y por la otra, al de aquellas teogonias que incomunican á las generaciones entre sí, y al Creador con sus criaturas, de manera que llega á hacerse imposible todo movimiento intelectual, bajo la ley de su propio principio, en provechosa oposicion, y lucha de la idea en el campo del libre alvedrio. En gran parte del Oriente, la ciencia de lo finito, á la verdad no existe, en sus naturales y legítimas manifestaciones, porque las instituciones sociales lo impiden, y las teogonias de entonces, explicaban las grandes cuestiones filosófico-sociales, bajo la forma de religion, y no bajo la de ciencia humana. El pensamiento filosófico y el sentimiento religioso, en estos pueblos se hallan confundidos, y sin deslindar sus propios campos, ni divisar el verdadero blanco á donde deben dirijir su indagacion científica y sus cultos y misterios. La China, la India y la Persia, hacen alto al querer empezar su carrera intelectual y moral, deteniéndose ante el mas refinado egoismo, la primera, ante la divinacion de la naturaleza, la segunda, y ante la apoteosis que de la fuerza hace la última, elevándola á suprema ley; y todos estos elementos contrarían poderosamente las manifestaciones de la razon, constituyéndola en la mas completa inmovilidad, como á sus dioses y á sus Yoguís, que vegetan indiferentes entre los horrores del mas espantoso fatalismo. Ni las especulaciones científicas de *Confucio* y de *Zooroastro*, ni la moral y literatura de los *Kings* y de los *Vedas*, consiguieron romper los lazos de ver-

ro, que los sujeta á la vida del sentido, aun bajo el aspecto algun tanto poético é ideal, con que su viva fantasia llega á revestir, á veces, sus escasas indagaciones.

Otra y muy diferente es la marcha que sigue, en este punto, la ciencia en el Pueblo griego, donde es ensayada diversa y opuesta idea que en el Asiático; la idea de la libertad y relacion individuales. Pueblo de suyo mas espiritual é inteligente, se presenta en la historia en contínua comunicacion con los dioses del Olimpo, que departen familiarmente con el hombre. Su ciencia filosófica es puramente natural en un principio, bajo el de la individualidad, y con tendencias á hallar la unidad en la variedad del mundo sensible, siguiendo para ello las dos opuestas direcciones que la señalaron las escuelas *Jónica* é *Itálica* representadas en *Tales* y *Pitágoras.* Y mientras que la filosofía Jónica y Pitagórica, explican el mundo visible, procediendo del invisible y eterno mediante la *materia increada*, como base y punto de partida para la primera, y mediante la *unidad absoluta* y armonia de los números, como principio y y base del sistema en la segunda; nace la doctrina *Eléatica* de *Xenófanes* con su mundo eterno é inmutable, echando así los primeros cimientos del *Panteismo.*

Con tales diferencias en el pensar, ni la razon cumple sus naturales y rectos fines por la torcida marcha que sigue el filosófico, ni el pensamiento y direccion científica pueden establecer la necesaria armonia con una religion que, por otra parte, rechaza la conciencia. El mas horrible paganismo es la ley moral y religiosa de este pueblo, donde se deifican las pasiones, y se ennoblece el vicio. Y en un pueblo, Señor Excmo., cuyo culto prescribe postrarse ante los ídolos, que eran la personificacion de todos los excesos; que mandaba quemar incienso en los altares de Júpiter, de Vénus y de Baco, y solemnizar sus fiestas con los abominables

misterios de Adónis, Cibeles, Príapo y Flora; ejecutando á la luz del dia y en honor de estas divinidades lo que hoy nos llenaría de indignacion, aun practicado en el retiro y las tinieblas; ¿era posible acuerdo ni concierto alguno entre tales creencias y la nueva direccion que iba imprimiéndose á la razon, que rechaza el politeismo y combate sin descanso la impiedad? Aquejaba, además, al pueblo helénico un gravísimo mal en medio de su tan decantada ilustracion; un mal que impedia el desarrollo y dominacion del sentimiento moral tan desatendido por él, y que es para los pueblos la base firmísima de ideas mas puras en las instituciones sociales, en la religion, en las ciencias y en la familia.

Llevado el individualismo hasta la exageracion, en él, por la influencia excesiva del sentimiento artístico, es conducido el individuo á la deificacion de la humana hermosura, hasta tributarla un culto supersticioso, que mata los otros sentimientos nobles y elevados del hombre. La vida intelectual y moral, en Grecia se halla completamente absorvida por las seductoras armonias que advierte y gusta el hombre, en el sentido material con que las contempla, á pesar de los esfuerzos, que para cambiar estas direcciones de la fantasia, hicieron *Homero*, *Sófocles* y *Eurípides*; y la filosofía redobla entonces la lucha empezada contra todas estas aberraciones del espíritu, pugnando por desenvolver los sentimientos de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo con nuevas y mas acertadas investigaciones, hacia el Sér Supremo, y hacia un destino mas intelectual y moral, mas en armonía con los fines de la humanidad.

¡Ah! si una luz pura y celestial hubiese auxiliado los esfuerzos de la razon cientifica, de este pueblo en tan noble como árdua empresa, con cuanta mayor facilidad hubiese recogido y conservado, como lo hizo á pesar de todo, *en el Pórtico* de los sabios, en *la Academia* y bajo el mando tutelar

de los filósofos, los pequeños restos de verdad que se salvaron del universal naufragio de la razon! Así es, que á pesar de aquellos inconvenientes, consigue romper las fuertes ligaduras del sensualismo oriental, y las de la belleza física de los primeros tiempos del mundo griego, prosiguiendo aunque, con incierto paso, por la senda de la perfeccion y progresos racionales, sin dejarse dominar ya tan fácilmente por un principio ni sistema exclusivo, fundando así sus indagaciones en un modo de pensar propio; y Pitágoras en el pueblo Dórico, y Tales en el Jónico, preparan los elementos que, bajo la idea de la bondad y belleza de Dios, armonizan despues las doctrinas de Sócrates y de Platon.

A Sócrates débese la gloria de desenmascarar y confundir á los sofistas y su falsa ciencia, despertando en sus discípulos el sentimiento moral y religioso. A Platon, sobre las lecciones de aquel, la de ensayar nueva doctrina, estableciendo la armonia, que sirve de base á su sistema, entre la naturaleza y el espíritu, entre el conocimiento interior, y haciendo concertar tambien, en la nueva doctrina, las cuatro direcciones diferentes de la filosofía antigua; esto es, el *uno* y *todo* de los *Eleáticos*, como forma; el *movimiento*, y *mudanza perpétua* de *Heraclito*, como ley de materia; la *razon suprema* de *Anaxágoras*, como causa del movimiento; y la *armonia de los Pitagóricos*, como el fin moral de la vida.

Desde entonces divísanse mas anchos horizontes para la razon y libertad humanas, y la filosofía muévese en nuevos mundos de inteligencia que percibe dentro de sí, escribiendo gozosa en el templo de Delfos aquel eterno principio científico que todos admiramos, aun hoy, por su verdad y profundo sentido. De este modo la filosofía alcanza mayores triunfos, y en las *Alamedas del Liceo* vístese de buenas galas con las doctrinas de *Aristóteles*, que al idealismo de su Maestro Platon sustituye el realismo, el cual, desde entonces, al-

canza inmensa fortuna, hasta servir de base y fundamento á todas las ciencias en la edad media; y su Lógica, su Física y su Etica, esto es, toda la base de la filosofía teórica y práctica, son admiradas y seguidas universalmente, por su claridad y por su método. Y mientras Platon se funda en el mundo de las ideas puras, y trata la ciencia como el medio para la elevacion del espíritu hacia lo perfecto y lo divino, Aristóteles se mantiene en el mundo de la experiencia, se eleva por grados desde lo sensible hasta los conceptos, y pone por fin de la filosofía la verdad alcanzada mediante la indagacion crítica. Platon y Aristóteles, son las dos inteligencias superiores del mundo antiguo; son los dos astros de mayores dimensiones que brillaron sobre el horizonte de la sabiduria.

Prolijo seria, Excmo. é Ilmo. Señor., ageno de los límites de este discurso, y por demás molesto para vuestra ya fatigada atencion, si me detuviera mas en reseñar los innumerables esfuerzos que la razon filosófica hizo en el pueblo helénico, para mejorar la condicion del pensamiento. Temo haber ofendido vuestra erudicion, con la breve revista pasada á tan interesantes noticias, que á no haberlas juzgado indispensables para demostrar las excelencias de la filosofía en todos los tiempos, ciertamente que me hubiese abstenido de recorrer las brillantes fases por que esta pasó en el pueblo griego, pueblo que, á pesar de todo, alcanzó la gloria de ser, por su filosofía Platónica, el señor de las inteligencias de los siglos posteriores, y por su doctrina Aristotélica, el maestro de los sabios que han admirado despues al mundo con su ciencia y sus virtudes.

Empero nace, para la historia de la humanidad ese otro pueblo de reyes, *el pueblo Romano*, y hácese heredero de la cultura é ilustracion griega, á las que brinda hospitalidad y buena acogida, convencido de su falta de originalidad, esca-

sa invencion, y de la debilidad natural de su espíritu científico, para intentar nuevas creaciones. La imitacion en él fué una copia, y su admision, de ordinario calculada, una pura trasplantacion de las doctrinas de los que despues de haber perfumado la Plaza Ateniense, volaban á embalsamar el sagrado recinto de la Ciudad Eterna. La ciencia helénica se difunde en Roma despues de la conquista de la Grecia, y *Carneaes, Diógenes* y *Aristolao,* iniciaron á la República en sus doctrinas. *Ciceron, Lucrecio, Séneca, Epitecto, Marco Aurelio* y *Andrónico,* cultivaron las teorias dé los Académicos, Estóicos, Aristotélicos y Epicuúreos; pero no aumentan, por eso, el caudal de los conocimientos filosóficos que les han sido importados, ni dan tampoco mas racional direccion á sus especulaciones.

Todos sabemos la historia de ese pueblo poderoso que llegó á empuñar el cetro universal, y cuya dominacion aun dura en las legislaciones del mundo moderno. Empero su sentido político es tan pronunciado, que vicia y absorve todas las otras aspiraciones del ciudadano, el cual, por las inmunidades que se le conceden, por los goces de que llega á gustar con profusion, y por las riquezas que atesora, sustituye, con el tiempo, á la severidad de sus primitivas costumbres, el horror que, en medio de su sorprendente poder inspiran las infinitas llagas que corroen las entrañas de aquel cuerpo social donde no existia ya, sino la disolucion y la anarquía, donde faltaban, hasta esos lazos que forman el embeleso de los hombres, y que hacen de la familia y de la casa paterna la mansion del amor, del respeto y de los mas dulces afectos. Los hechos repetidamente sancionados allí, por la costumbre posterior, por la ley, ó por las múltiples divinidades que abriga en su seno, y de que hoy se avergonzaria el pueblo menos culto de nuestro siglo; el adulterio, el incesto, la bigamia, el repudio, el divorcio y la prostitucion, pasean sus lúbricos

semblantes por la omnipotente ciudad, sin hacer salir los colores al rostro de sus patricios, ni encender el carmin de sus renombradas matronas. La humanidad se siente sobre cogida de pena ante semejante espectáculo, y la sana razon se vé relegada á los áridos desiertos del escepticismo, ò á las insalubres playas del sensualismo oriental, que todo lo invade, modelado ya sobre el refinamiento del arte griego, que ostenta así, la toga viril de la depravacion romana, á pesar de la severidad de *Caton*, rival enérgico y sublime de las nuevas costumbres. Y la filosofía, que, como en Grecia, intenta dar mejor y mas provechosa direccion al espíritu, y que, como allí, trabaja tambien por minar y derribar el grosero politeismo, atrayendo á estas gentes á un centro de mas racionales creencias, es perseguida y arrojada de Roma sin distincion de sectas, y el académico Carneades, y el peripatético Aristolao y el estóico Diógenes, abandonan aquellos *Lares*, donde ni la recta razon es escuchada, ni la ciencia puede tender sus alas, sin que sean abrasadas por el fuego devorador de las pasiones, ni el sentimiento religioso hacerse oir de aquellos corazones endurecidos.

Era pues, imposible que envuelto y oprimido el pensamiento por la soberbia romana y por aquel culto superticioso, dejara campo á la razon filosófica para moverse en sus benéficas esferas. El misticismo creciente entonces da orígen tambien al *Neo-platonismo*, que aspira á concertar en un sistema las doctrinas secretas y ciencia sacerdotal del oriente con las doctrinas emblemáticas y alegóricas de Platon y de Pitágoras; y de este modo la indagacion racional es desviada mas y mas, de su camino, hasta colocarla fuera de su ley de ser propia y esclusiva. Es, que, el mundo romano, á pesar de los esfuerzos de sus legiones y de la habilidad de sus políticos, era ya un cadáver, cuya disolucion trascendian á todos los ámbitos del imperio, siendo necesaria una fuerza divina, que die-

4.

se nueva vida á aquel cadáver y curara, ademas, sus profundas heridas; porque ni los sacerdotes con sus mitológicas fábulas, ni los legisladores con sus severas disposiciones, podian armonizar tan opuestas tendencias para regenerar á este pueblo desvanecido con su poder, demasiado débil ya, aun en medio de su ambicion y de sus conquistas. Era necesaria la cooperacion del mismo Dios, para que se obrase el prodigio de la regeneracion moral del mundo: *era preciso que apareciese el Cristianismo*; esa luz divina, que disipó las densas nubes del error, que envolvian á la humanidad, y rasgase el túpido velo que cubria la conciencia.

El Cristianismo que abatió la idolatria y la supersticion; que reformó las costumbres, oponiendo un poderoso dique al torrente devastador del crimen, que ejerció, ademas, un inmenso y benéfico influjo en la legislacion y en la familia; que dió modelos mas puros y espirituales al artista, no dejó de traer á la filosofía elementos nuevos: *Verdad*, *Bondad* y *Belleza*; *Pureza* de orígen; *Universalidad* en el fin; *Simultaneidad* de medios; *Progresiva uniformidad* de accion; *Elevada espiritualidad* en sus dogmas; *Severas y encantadoras formas* en su culto; *Santa sociabilidad* en su razon de ser; todo esto y mas se encierra en la cadenciosa palabra, con que hace cerca de diez y nueve siglos, se viene designando el hecho mas sublime, acaecido con la muerte del Justo de los justos, prometida por Dios para la regeneracion del hombre.

Muchos y admirables habian sido los resultados obtenidos por la razon humana en su porfiado estudio sobre la naturaleza; faltábala, sin embargo, el que mas anhelaba conseguir para realizar su íntima y necesaria alianza con la razon infinita, mediante una religion de paz y de futuras é inefables delicias. El Cristianismo llena todos su deseos; porque como filosofía y como religion reasume todos los elementos útiles

de la historia filosófica anterior, y los eleva á mas alta potencia, bajo la idea de Dios, como Sér Supremo, y bajo la de la vida eterna, en que se resuelven el dualismo y otras dificultades insuperables para la filosofía griega. La filosofía cristiana comprende á toda la humanidad en toda la plenitud de su existencia espiritual: en la inteligencia, en el sentimiento y en la voluntad; y si bien la filosofía cristiana apoyada en la revelacion, siguió el mismo rumbo, desde el principio, y ha procurado hallarse en todos los momentos, en provechosa consonancia con la razon humana científica, y esta con aquella, no se consiguieron siempre tan felices resultados, por las naturales limitaciones de la última, que en su constante deseo de comprender las altas verdades reveladas, con sus solas fuerzas, daba en el estravío y en la duda. Por esta causa, desde la predicacion del Evangelio, se agitó tambien la cuestion de oposicion entre la razon filosófica y la razon católica. Los que deponiendo antiguas preocupaciones, se dejaron dirigir por las luces de la recta razon, y buscaron con sincero deseo la verdad, conocieron las grandes ventajas que de su armonia habian de seguirse, y se apresuraron á buscar y exponer, la que no puede menos de existir entre estos dos focos de luz intelectual y moral, que juntos deben iluminar el camino de la eterna ventura. Por el contrario, los que llenos de presuncion, miraron como una bajeza el acto de subordinar la ciencia á los altos misterios del catolicismo, ó los que en su místico pensar, desoyeron el grito del sentido íntimo, travaron empeñado combate, sin advertir que con semejante divorcio no conseguian otra cosa que conducir á la débil razon del hombre hacia la incertidumbre y la confusion. Desde *San Justino*, en el siglo II de nuestra era, hasta *San Agustin*, á mediados del siglo IV. hiciéronse grandes esfuerzos en el primer sentido; y desde *Saturnino* y *Basidilides* en el siglo I, hasta principios del VI,

en que Justiniano mandó cerrar las escuelas de Atenas, imperó el *Gnosticismo*, dando orígen á las heregias de Manes, Arrio, Nestorio y Eutiques. San Justino, San Ireneo, Tertuliano, Arnobio, Lactancio, Taciano, Atenágoras, Orígenes, Clemente Alejandrino, San Gregorio y San Agustin, reservan á la razon y á la filosofía un distinguido lugar al lado de la verdad revelada; Saturnino, Basílides, Bardesano, Marcion y Valentino, pretenden negárselo á esta al lado de aquellas como enemiga de sus progresos.

Tres siglos se suceden despues, de triste memoria para las letras y las ciencias, en cuyo período el pensamiento filosófico, ante la impetuosa inundacion que se desprende del Norte, huye despavorido á esconderse en el retiro y en la soledad de los Monasterios, bajo la Egida de los *Boecios, Casiodoros, Isidoros, Egbertos y Damsacenos*, que conservaron con solicitud durante este tiempo las tradiciones filsóficas de los antiguos. *La edad media* con su ruda bravura, pone su encallecida planta sobre la civilizacion de entonces, que vé oprimido su pecho con el enorme peso de la ignorancia.

La hora del Imperio Romano habia sonado en el reloj de los destinos del mundo, y el pueblo que habia visto postradas á sus plantas á todas las naciones, vióse á su vez humillado y vencido por aquellos pueblos salvajes, que se reparten en pequeños girónes el purpúreo manto de sus Emperadores. La vencedora ciudad no tenia ya Marios, que degollaran Cimbros á millares, ni Brutos y Casios, que la desembarazaran de sus tiranos amparando su amada libertad; ni Césares, que defendiesen la independencia é integridad de sus fronteras. Guerras sangrientas é interminables entre los mismos vencedores, que se empujaban unos á otros, como las olas del mar embravecido disputándose la presa, fueron el resultado inmediato de aquél acontecimiento. ¡Ah! si el Cristianismo no hubiese existido ya triunfante y fuerte con

las armas de sús virtudes y de su pura y sublime moral, robustecido con los principios de una buena y sana filosofía, y no hubiese opuesto un dique al torrente de aquella soldadesca ignorante y feroz, el mundo se hubiera hundido en la mas completa barbarie! El Cristianismo, pues, fué entonces el salvador de las letras y de las ciencias, como lo habia sido de la salud y dignidad del hombre, y como siguió siéndolo de los trabajos científicos que se hicieron por una serie de siglos.

La filosofía vuelve á aparecer en el *Escolasticismo*, que carece de novedad, hasta fines del siglo XI en que la contienda entre *nominalistas* y *realistas*, el conocimiento de las obras originales de Aristóteles, y los sucesos políticos de la Época, proporcionan algunos adelantos en los variados y encontrados movimientos del pensamiento, con tendencias, casi siempre, á concertar y armonizar mas y mas la filosofía con el pensamiento cristiano, á pesar de que se pretendiera, por algunos, subyugar completamente la razon á este último, de suerte que la autoridad religiosa fuese la única autoridad científica, y el único criterio en todas las evoluciones y esferas del libre pensar del hombre. A este especial empeño se debió sin duda alguna, que la lógica entre los escolásticos sirviera mas para formar hábiles disputadores, que para construir un edificio sólido y fuerte, como fundado que fué sobre puras abstracciones; y el de la dialéctica, estudio á que por ellos se dió tanta importancia, produgese el dañoso fruto de la sútil argucia, que estravia la inteligencia y la aprisiona de contínuo en los círculos mas viciosos. Así que tambien, las ciencias físicas y naturales y aun las sociales, hicieron muy escasos adelantos en sus propios terrenos. Sin embargo, la filosofia Escolástica, aun bajo la direccion de sus especiales fórmulas, sinó llenó el vacio que la razon y la ciencia advertian para llegar á la perfec-

tibilidad de la indagacion en sus diversos medios de conocer, prestó muchos y señalados servicios al Catolicismo, desarraigando el panteismo y el ateismo de entonces. *Alcuino*, *Juan-Scoto*, *San Anselmo de Cautorbery*, *Pedro-Lombardo*, *Roscelino*, *Alberto el Grande San Buenaventura*, *Santo Tomás de Aquino*, *Dum-Scot*, *Rogerio-Bacon*, y *Raymundo-Lulio*, son los depositarios y expositores del Escolasticismo, bajo las diferentes fases del *realismo*, *nominalismo y misticismo.*

Por esta breve exposicion histórica, se vé que la tendencia á una mision y concierto, entre la razon y la fé, entre la filosofía y la revelacion, ha sido cada vez mas notable y evidente en el fondo, si bien no tan completa en la forma; así es que, por este diferente modo de ver, y de ese pernicioso exclusivismo en el sentido y autoridad, siguió existiendo esa sensible y lamentable oposicion entre là ciencia humana y la fé revelada, divorcio llevado a la exageraeion en el sigloXVI, en que apareció el maligno astro del *Protestantismo*, sembrando la confusion y el desconcierto en las conciencias. Nuevas escuelas se suceden bajo su maléfico influjo y nuevas aspiraciones se manifiestan con tendencias propias, que por sus perniciosos efectos han servido en el siglo presente de saludables advertencias, y de muy útil enseñanza para reconstruir y traer á mejor camino, las indagaciones de la razon, para su mas perfecta armonia con el sentimiento creyente.

La ciencia racional, pues, ha venido fluctuando por tres centurias, entre los nuevos sistemas de la escuela *Idealista-Platónica*, la *Sensualista-Peripatética*, la *Escéptica* y la *Mística* seguidas y modeladas, bajo particular direccion con sentido exclusivista y nuevos métodos, desde los *Marsilios*, *Picos* y *Paracelsos*, hasta los *Cousin*, *Damiron* y *Cardillac* observándose en todas estas evoluciones del pensamiento, el empeño de establecer un alto criterio y universal fundamento, que

expliquen y relacionen las anteriores indagaciones, y el desarrollo filosófico precedente. Bien conocidas son las particulares tendencias que los pensadores modernos han impreso en la ciencia, en cuyos sistemas, en cambio de algunas parciales dificultades que ofrecen, brotan utilísimas verdades, que cual meteoros brillantes en oscura y revuelta noche, alumbran con suma claridad á la razon en su laborioso empeño, dejándola divisar mas despejado el horizonte del espíritu filosófico, que guia á nuestro siglo, hacia las alturas de la verdadera sabiduría, término de los afanes del pensamiento humano.

III.

Toda la historia de la ciencia puede reasumirse, por lo tanto en sucintas y breves lineas. «El movimiento progresivo con que el espíritu investigador ha caminado constantemente, ha partido siempre del fondo de su energía intelectual, con riqueza y variedad creciente, en una serie contínua de sistemas que consideran, cada uno, la verdad bajo uno ú otro aspecto, y la exponen y desenvuelven con un sentido dominante y especial. Así es, que cuando un sistema ha llegado al mayor crecimiento posible, que encierra su principio, y tiende por un exceso de su propia vitalidad á negar las otras fuentes de verdad, no tarda en anunciarse otra doctrina que pretende llenar aquel vacio y remediar aquellas faltas, hasta que por las mismas causas viene á incurrir en los mismos ó parecidos inconvenientes, si es que no se resuelve antes en un principio de verdad superior, Semejan, pues, estos movimientos y marcha de la ciencia, en la vida del hombre, una série de círculos que ensanchándose unos sobre otros, con-

cluyen por abrazar en la época de madurez ó de armonía, las verdades que al hombre importa conocer, reunidas todas en un centro y vínculo comun.» (1)

Los dos estremos entre los que ha fluctuado siempre el mismo movimiento filosófico, son el *Idealismo* y el *Materialismo*, la doctrina de lo *absoluto* y de lo *infinito*, y la de lo *finito* y *contingente*, representantes ambas del doble aspecto de la naturaleza humana, destinada, en cada uno, á satisfacer necesidades igualmente legítimas: y estos estremos son tan perfectamente conocidos, y tan clara é imparcialmente apreciados por la ciencia de nuestros dias, que su intimidad y armónicas relaciones, en la ciencia misma y con el sentimiento católico son ya indudables.

Empero esta marcha y movimiento de la razon y de la filosofía, se ha verificado en virtud de un desarrollo lento y gradual afectando cada vez formas distintas. La vista inmediata, ó intuicion del espíritu, que contiene como en embrion confuso todos los estados ulteriores de la vida intelectual, fué la *forma primitiva* con que se anunció la ciencia en la mente del hombre. Este es el carácter predominante en el escaso movimiento racional del *Oriente*. La atencion reflexiva, mediante el procedimiento de la observacion, es la *segunda forma*, bajo la cual se presenta en el pueblo Griego: dando orígen, la combinacion de estas dos, á una *nueva forma* en la doctrina de *Alejandria*, que prepara, aunque imperfectamente, la filosofía cristiana.

Suscítase despues la interminable cuestion sobre la verdad y la certidumbre, y con ella el desvio entre la razon científica y el sentimiento religioso, presentándose entonces el problema capital para la filosofía, que ha venido hasta *Leibnitz* siendo objeto especial de estudio para las mas claras inteligencias. Bacon, Hobes y Locke, se apoyan para toda su

(1) **Historia de la filosofía.**

indagacion en la pura experiencia, que necesariamente implica la sensacion, y cuya doctrina incompleta, desenvuelta por Condillac, Berckley y Hume, ha conducido al *materialismo*, al *idealismo escéptico* y al *escepticisimo*. Descartes que toma por base la conciencia del espíritu ante la evidencia racional, pero que para ello se encierra en el pensamiento como atributo único del espíritu, deja incompleta su indagacion, que bajo la influencia de Malebranche y Spinosa, da ocasion á un *nuevo idealismo* y al *panteismo*. Leibnitz imprime *distinta forma* á las manifestaciones de la ciencia con su *racionalismo superior*, que tiende á conciliar las anteriores tendencias para armonizar la indagacion filosófica con la religion: pero deja imperfecto su sistema, porque no llena el vacío que se echa de ver en el análisis psicológico de Descartes, degenerando su doctrina en un formalismo inútil, ó en un eclecticismo superficial.

El atrevido genio de *Kant* concibe, por fin, el plan vastísimo de un análisis completo del espíritu como condicion indispensable para las mas altas verdades ontológicas, sustituyendo *el concepto del Yó, del sugeto* en la conciencia, *al concepto de la sustancia*, predominante en todo el período anterior. Pero si bien consiguió imprimir, este filósofo, mas racional sentido á la ciencia, deja imperfecto, tambien, su sistema, porque ni declara con precision, cómo el *Yò* es punto de partida en la filosofía, ni perfecciona la lógica; ni halla la transicion natural entre el mundo interior y el exterior, *entre la filosofia y la ontologia*, y porque abandonando la Metafisica á la razon práctica se encierra en las formas abstractas y subjetivas del pensamiento.» Kant hace, sin embargo, un servicio inmenso á la ciencia con su sistema, que atraviesa útilmente todas las fases de una evolucion regular en Europa. Empero ni Kant en Alemania con su *Crítica de la razon pura*; ni Reid en Escocia con el estu-

dio de *lo conciencia bajo la guia del método experimental;* ni Cousin en Francia con su *Eclecticismo racional*; ni Fitchte con su *idealismo subjetivo;* ni Scheling con su *fórmula panteista;* ni aun el mismo Jacobi con sus *protestas contra el racionalismo exclusivo* y á pesar de su *filosofía del sentimiento creyente;* forman un sistema completo que armonice el procedimiento analítico en todas las facultades y funciones del espíritu humano, bajo sus diferentes modos de ser, concertando sus resultados, hasta conducirlos á un fin único, para el corazon que siente, para la inteligencia que investiga y para la razon que construye y relaciona.

He aquí pues, Excmo. é Ilmo. Sr, la conquista emprendida con fé y con buen deseo por la filosofía contemporánea, *prudente* en su libre movimiento: *razonable* y mesurada en su misma libertad; *progresiva* en su marcha y sentido, y *fiel* y *sabia directora* de las inteligencias no preocupadas, así como *solicita maestra* en el periodo de superior construccion orgánica, en que afortunadamente ha entrado para cumplir con sus altos fines. Y si la filosofía en todos los momentos de la vida del hombre, es el vigia incansable que atentamente observa todos sus instintos, apresurándose á purificarlos en el crisol de la reflexion científica, el director celoso de todas las actividades del alma, á las que imprime conveniente marcha y dirige á racionales fines; el exacto regulador de las tendencias libres de la voluntad á la que señala su recto fin y muestra el blanco de su término en Dios, y el laborioso apreciador de los sentimientos del corazon, que modera y dulcifica, para que guste así los inefables goces de la virtud, ¿cómo no cantar sus excelencias ni procurar rebatir los cargos que en contrario se la dirigen? Y si la razon humana, hasta haber conseguido establecer, de una manera indudable, su intimidad y armónicas relaciones con el sentimiento católico, ha luchado, hace siglos, con los innu-

merables obstáculos que la opusieron el sensualismo, el materialismo, el idealismo. el eclecticismo, el panteismo, el politeismo, el misticismo y el fanatismo, y salió de la lucha triunfante y con nuevos brios, á pesar de las asechanzas de tan terribles enemigos, ¿cómo no ensalzar tambien sus virtudes, enaltecer sus esfuerzos y defender sus derechos?

Porque la filosofica de nuestra época es, el precioso cimiento de diamante en que descansa el vastísimo y suntuoso edificio de la ciencia humana, cuyo laborioso estudio en vano se intentará emprender con paso seguro, si se carece de sus útiles y necesarios conocimientos. En efecto, ¿quien sino ella. describiendo los mundos; explicando los fenómenos de la creacion; descifrando las propiedades de los cuerpos; exponiendo las verdades capitales de la Religion; sentando los principios eternos de la Moral y de la Justfcia; fijando los preceptos y dando reglas al bien decir; evocando del olvido los fastos de las generaciones que ya pasaron, y descubriendo los arcanos del entendimiento, desenvuelve la comprension y dispone mejor la inteligencia, para abarcar y concebir las profundas y vastas especulaciones de todas las ciencias, que no son mas que deduciones rigorosas de los primeros prinpios que ella misma suministra?

Preguntémoslo, sinó, á ese respetable claustro de sabios é ilustres doctores, que él nos confesará sinceramente la cuantiosa deuda en que está para con ella. Preguntemos, si, *á los sacerdotes de la Justicia*, y á los entendidos jurisconsultos, que miden y aquilatan las acciones humanas fuera de los ámbitos de la conciencia, y nos responderán que no se explicaria, por cierto, la nocion del deber ni del derecho, sin la clara y brillante luz filosófica; y que sin su auxilio el sagrado depósito de la honra, de la fortuna y de la vida del ciudadano, correrian no poco peligro. Preguntemos tambien, *á esos hábiles politicos*, guardadores de los tesoros de la seguridad,

dignidad é independencia de los pueblos, y ellos contestarán. que sin el benéfico concurso de esta ciencia, la libertad, el órden y la ventura de los Estados serian una quimera. Interroguemos, ademas, *á esos predilectos hijos de Hipócrates*, eficaz consuelo y esperanza constante de la afligida humanidad, no solo en las tribulaciones del órden físico sino tambien en las del moral, que ciertamente convendrán con nosotros en que, sin el auxilio de la especulacion filosófica, las teorias é hipótesis, porque han venido desarrollándose las ciencias Médicas, hubieran sembrado en estas la confusion y la oscuridad en las diversas esferas de su aplicacion, y con ellas, el luto y el desconsuelo en las familias. Oigamos *á esos incansables naturalistas*, que rodeados de explendente gloria por las maravillosas conquistas obtenidas de contínuo sobre el mundo físico, á tanta altura han sabido colocar las ciencias que cultivan, veremos cómo la Farmacia y la Química, la Mineralogia, la Zoologia y la Botánica, se muestran reconocidas á la filosofía por ese espíritu de observacion, con que las auxilió en todo su laborioso estudio, confirmando así los admirables descubrimientos que hicieron en el campo experimental en que se mueven. Oigamos tambien á los insignes Maestros en las *Ciencias Físico-Matemáticas*, los cuales sin abandonar el microscópio, ni apartar su atenta mirada del telescópio, para sorprender la organizacion y la vida allí donde no era sospechada, y registrar los cielos en demanda de nuevos mundos, demuestran su gratitud á la ciencia de la razon, que les proveyó de un criterio seguro para apreciar la fuerza y ventajas de las admirables aplicaciones que hacen sobre los fenómenos y leyes de la naturaleza. Escuchemos, además, las sentidas frases de amor, que esos *ilustres hijos de los* Horacios, Cicerones y Virgilios dirigen á la ciencia filosòfica, por la cual y para la que son todos sus desvelos. Y por último, fijemos con placer y con respeto nuestra especial

atencion, en lo que en loor de la ciencia de la razon nos manifiestan *los Santos Padres de la Iglesia* (1) y el cuidado y predileccion con que la defienden de aquellos cristianos, tímidos, preocupados ó ignorantes, que creian los estudios filosóficos incompatibles ó perjudiciales á la ciencia sagrada y á la religion; temores y preocupaciones que aquellos esclarecidos y Santos varones se encargaron de disipar con los libros *apologéticos* de Tertuliano y de San Justino, de Arnobio y de Orígenes; los *polémicos* de San Basilio y de San Gerónimo, de San Gregorio y de San Agustin; y ademas en los infinitos y sabios escritos de los Anselmos, de los Bernardos y los del Dr. Angélico, cuya sabiduria fué tanta como su virtud y satidad.

He concluido, Exmo. é Ilmo. Señor, pues creo ocioso y fuera de lugar aducir mayor número de razones, para demostrar que la filosofía de todos los tiempos no fué enemiga del sentimiento creyente, aun cuando estuviera, á veces, algun tanto separada de este; y que la ciencia racional, desde que apareció el Cristianismo, lejos de ser opuesta, incompatible ni peligrosa para la verdad revelada por Dios, es por el contrario la que prepara y fortalece la inteligencia, para la mas acertada y misteriosa contemplacion de esa mis-

(1) *San Clemente de Alejandria*, impugnó con el mayor vigor á los que juzgaban los estudios filosóficos como opuestos á la religion y á la teologia.

San Basilio el Grande, fué en su siglo ardiente defensor del estudio de la filosofía y de la literatura, recomendando á la juventud cristiana la lectura de los poemas de Homero.

San Gregorio Nacianceno, exaltó mucho mas las ventajas que la filosofía traia al catolisismo para combatir la idolatria, y en la oracion fúnebre á San Basilio, dice: pues qué; se ha de condenar la erudicion porque así se les antoja á algunos hombres? Muy al contrario: tengamos á estos hombres por necios y por unos ignorantes, que quisieran que todos los demas se les asemejasen para no ser reconocidos entre la multitud, y poder así ocultar á todo el mundo su falta de educacion.

San Gerónimo, se mofa de los mismos en los siguientes términos: Toman la ignorancia por la santidad y estan muy ufanos porque se creen verdaderos discípulos de los pobres pescadores que promulgaron el Evangelio.

San Agustin, contaba la cienciá mundana como una cosa necesaria al teólogo y utilísima á la religion.

ma verdad; de manera que el pensamiento filosófico en la época presente y el sentimiento religioso, se hallan en admirable consorcio y tienden á concertarse siempre en sus diversas manifestaciones para un solo y único fin; y por último, *que en virtud de las excelencias de la filosofía contemporánea y de la armonía en que está con el sentimiento católico, la razon y la fé, la ciencia humana y la revelacion, caminan hoy en íntima y necesaria union, á cumplir los destinos de la humanidad y los altos fines de la Providencia.*

En la católica España, son imposibles torcidas ni inconvenientes direcciones en el estudio de la ciencia filosófica, ni en ninguno de los otros estudios que constituyen, por lo mismo, nuestro mayor orgullo. Las Universidades Españolas y los preclaros Maestros, que tan justa y copiosa fama conquistan para ellas en el mundo cientifico y leterario, conciliaron siempre el verdadero saber, con la fé vivísima que recibieron pura de sus mayores, y jamás desatendieron las advertencias de la conciencia de su deber, por mas que se afirme lo contrario por algunos espíritus tímidos ó recelosos.

¡Para vosotros, jóvenes queridos, que sois la mas brillante esperanza de la patria, es mi última palabra en este dia! Los que vayais á emprender por vez primera el árduo estudio de la ciencia, entrad confiados en su augusto templo. Desechad todo temor, y deponed toda duda. No piseis su sagrado vestíbulo con el indiferentismo en el corazon, y la hipro-cresía en los labios. No escucheis las vanas declamaciones de los que denuncian quiméricos peligros; pues la filosofía, cual madre solícita y amorosa, os espera para ilustrar vuestras tiernas inteligencias con la pureza de sus principios, con la rectitud de sus medios y con la santidad de sus fines, y para presentaros despues mas fuertes en el dintel de las demás cien-

cias, en las cuales, tambien hay preparadas coronas, que adornarán mas tarde vuestras sienes fatigadas por el estudio. Y los que engolfados ya en el estenso occéano de los distintos ramos del saber, vengais hoy á recibir el premio á que os hicieron acreedores vuestra aplicacion y vuestros adelantos, recibid, á la vez, mi parabien, y no olvideis la deuda sagrada que os liga á los respetables Maestros de esta Escuela. Si quereis satisfacer esa deuda, procurad gravar en vuestros corazones, con carácteres de una pura gratitud, las sábias máximas y doctrinas con que han enriquecido vuestra inteligencia. ¡Que la ciencia es, el tesoro de mas valia, y la recompensa de mas estima es, el reconocimiento!

He dicho.

Fé de erratas.

Pág.	Lin.	Dice.	Debe decir
8	20	fomentado	fomenten.
10	32	quidus	quibus.
15	24	ven	ven en
17	22	engolfaba	engolfada.
18	32	volumtad	voluntad.
20	2	nidagaciones	indagaciones.
Id.	12	instruccion	induccion.
Id.	24	en cruzada	en la cruzada.
26	18	interior	interior y el exterior.
Id.	23	Anvxágoras	Anaxágoras.
Id.	31	buenas	nuevas.
28	8	Carneaes	Carneades.
Id.	11	Epic uúreos	Epicúreos.